

## La vuelta a un mundo en 2.052 días

Todo empezó aquella noche en la que tenía que sacar a pasear al perro. Mentira. Ni siquiera tengo perro. Todo empezó un día de San Patricio. Esto no es mentira, pero tampoco es exacto. El viaje había empezado en febrero: un bulto en la espalda, analíticas, placas, derrame pleural. Pero fue el viernes 17 de marzo, día de San Patricio de 2017, cuando me enteré de que el cáncer de pulmón que le habían diagnosticado a mi madre no se curaría con un tratamiento de pastillas como ella me había dicho unos días antes. Estadio IV. El 85% de los pacientes diagnosticados con cáncer de pulmón en estadio IV muere el mismo año del diagnóstico. Fue mi padre el encargado de darme la noticia por teléfono. Yo estaba a 9.057 kilómetros. Mi madre iba a morir y yo estaba a 9.057 kilómetros de poder cogerle la mano. Así es como de verdad empezó mi viaje.

“A mí me dan igual las estadísticas”. Nunca había escuchado la voz de mi padre así, entrecortada, con las lágrimas en la garganta. Estaba convencido de que algo sucedería, de que la terapia inmunológica que por entonces estaba dando sus primeros pasos, la mantendría con nosotros durante muchos años.

“Ella necesita buena vibra”, fueron las palabras de mi hermano. Mi hermano... ¿cómo iba a protegerlo yo de esto?

“¡No hace falta que me operen, ni quimio, ni radio!”. Mi madre. No sé si era para tranquilizarme o porque realmente lo creía. Siempre fue la más optimista de nuestra pequeña familia de cuatro. Ahora de tres.

Los primeros días, me costaba respirar cuando pensaba en cómo sería mi vida sin ella. Era la primera vez que sentía un dolor tan atroz que me oprimía el pecho, era algo físico, el aire no entraba hasta donde debía entrar. Cualquier pensamiento se convertía en angustia. Por las noches, cuando por fin me quedaba dormida, al poco me despertaba una especie de vacío en el estómago. Tenía palpitaciones, calor, frío. Por el día, tenía momentos mejores y otros peores, aterradores. No sólo era miedo a perder a mi madre, también era miedo a lo que sería de mi padre. Miedo a cómo reaccionaría mi abuela. Miedo a que se me reprochara no estar ahí. Miedo a no volver a ser yo. Miedo a perder a L. Miedo a perderme a mí misma. Miedo a perderlo todo. Miedo a este mundo sin ella.

Es ley de vida enterrar a los padres, pero yo no estaba preparada. ¿Algún día lo estaría? No lo sé, sólo sé que en ese momento yo todavía necesitaba a mi madre. Llevaba 15 años viviendo a 9.057 kilómetros y no había aprendido a vivir sin ella. Necesitaba que siguiéramos hablando todas las semanas - ¡bendito Skype, bendito WhatsApp! -, saber que siempre estaría ahí. Necesitaba tener la seguridad que me daba el pensar que cuando todo fuera mal, podía coger un

avión y ella estaría esperando siempre con los brazos abiertos, como en aquella foto que le hice un día que llegué de visita por sorpresa. Necesitaba seguir escuchando sus palabrotas, sus tonterías, su risa. ¡Como me gustaba hacerla reír! Creo que esa es una de las cosas que más echo de menos. Hacerla reír. Necesitaba su inocencia con casi 60 años, sus virtudes y sus defectos. Tenía 33 años y seguía necesitando a mi madre como si fuera una niña de tres.

“Racionaliza”, me decían algunos. Y lo intentaba, de hecho, por momentos lo conseguía. Eso también me daba miedo, el a veces ser capaz de pensarlo tan fríamente.

“Reza”, me decían otros. Y lo hice. Recé como no lo había hecho nunca, cada vez que pensaba en ella, cada vez que recordaba lo que estaba pasando. Pero eso también me daba miedo. Me quedaba sin aliento cada vez que repetía “hágase tu voluntad en la Tierra como en el cielo”, porque, ¿y si “su voluntad” era llevársela?

Dejé de poder hablar con ella todos los miércoles. Citas médicas, pruebas, malestar por el tratamiento. Cuando era por esto último, simplemente me decía que estaba liada, o que no podía por alguna otra razón. Aunque nunca me lo dijo, no quería que la viera mal. Por eso quizá no mostró tanto entusiasmo cuando le dije que iría a verla por el Día de las Madres.

29 de abril. Primeros 10.983 kilómetros. Madrid – Ámsterdam – Monteviel. Vuelo con escala y saliendo a las 6:00 am. El más barato. Sabía que iba a ser el primero de varios en el año, así que había que ahorrar. Llego a Monteviel a las 15:00. No recuerdo nada de aquel vuelo. Lo que sí recuerdo es que fue la primera vez en 15 años que sólo mi padre me esperaba en la puerta de salida del aeropuerto. Ella se encontraba mal. Mi hermano y mi cuñada se habían quedado en casa cuidándola. Recuerdo también la comida: los nuevos cuatro. Mi madre no pudo salir de la cama a pesar de que en la mesa le esperaba una de sus comidas preferidas.

Días terribles, de ingresos hospitalarios, de altas antes de tiempo, de nuevos ingresos, de noches sola en casa intentando localizar a alguien que fuera a darme un abrazo, de empezar a sentir esta soledad que desde entonces me acompaña. Por las mañanas trabajaba casi sin descanso, sólo interrumpida por las alarmas que me ponía para darle los medicamentos a la hora correspondiente. Muchos, cuatro o cinco, varias tomas. Por las noches, ojos cerrados y oídos abiertos. Mi padre, por fin, después de dos meses, tenía a alguien en casa que podía hacerse cargo de ella mientras él dormía. No quería enfermeras, ni que sus cuñadas ayudaran a mi padre a cuidarla. De hecho, prácticamente nadie supo de su enfermedad hasta el día de su muerte. Tampoco

quería que mi hermano y mi cuñada dejaran sus vidas ajetreadas, y mucho menos, que yo me quedara ahí para cuidarla.

“Tienen que seguir con sus vidas, tienen que seguir siendo felices. Es lo único que quiero que hagan por mí”.

Una noche, creí que era la última. Con seguridad, la peor noche de este viaje, la peor noche de mi vida. Ronquidos y quejidos. Los de mi padre y los de ella. Fui a la habitación y ahí estaba, hecha un ovillo del dolor. Pastillas, intentar tranquilizarla. Deliraba, decía que querían darle pescado y la querían matar. No tenía miedo, se reía. Yo no sabía muy bien qué pasaba, pero me quedé ahí, sentada en el suelo, a su lado. Hablamos, hablamos horas, bajito para no despertar a mi padre. Se iba debilitando, ya no se quejaba. Chispazos de realidad. “Siempre elegí a tu papá, siempre ha sido él y siempre lo elegiré a él”. Fue en un viaje a la playa que hicieron para celebrar su 35 aniversario de casados cuando se notó un bulto en la espalda. 35 años juntos y ahora lo iba a dejar solo.

“¿Tú eres feliz con L.?” “Mucho” “Se te nota, ahora sí te veo feliz y por eso puedo irme tranquila”.

No se fue, no esa noche eterna. Al día siguiente, nuevo ingreso en el hospital. Mi padre se quedó con ella, y yo, de nuevo, sola. La perra y yo dormimos abrazadas. La perra. ¿Qué va a ser de ella también?

A la mañana siguiente, relevé a mi padre en el hospital. Recuerdo entrar en la habitación y verla llorando como una niña pequeña. Dos niñas pequeñas, éramos dos niñas pequeñas y aterrorizadas. No quiero escuchar lo que las lágrimas le impiden decirme. No quiero. No.

“Me han dicho que me tienen que dar quimio. No quiero. No”.

Volví a sentir el latido del corazón. Vale, era eso. Quimio. Esperanza. Y de repente, rabia. Una rabia tremenda en contra del médico que no tuvo la suficiente humanidad como para esperar a que mi madre estuviera acompañada para decirle que el tratamiento no estaba funcionando y debían pasar al plan B, la quimio. Quimio. Rabia. Esperanza. Tranquilizarla. Hacerla reír. Hacerla reír. Hacerla reír.

Tomamos la decisión de la mudanza. Se mudarían a un piso cerca de la oficina de mi padre. Buscar piso con mi padre. Este no. Este sí. Le gustará. Ventanales enormes por los que entra mucha luz. En la calle de al lado de donde vive su mejor amiga. Ayudarla a empacar. “No me voy a llevar todo, va a ser por poco tiempo. Volveremos en unos meses”.

13 de mayo. 10.983 kilómetros de vuelta. Montevielá – Ámsterdam – Madrid. 14 de mayo. L. Su abrazo, mi hogar. Estoy a salvo. Vuelvo a mi vida. Mis días a partir de entonces comenzarán siempre con la grabación de un vídeo para darle los buenos días. Hacerla reír. Hacerla reír. Hacerla reír.

29 de junio. Sumo 9.057 kilómetros a este viaje. Vuelo directo Madrid – Montevielá. Ya no pienso en ahorrar. Lo importante es estar ahí, con ella, darle la mano en su primera sesión de quimio. ¡Ha venido a buscarme al aeropuerto! La bombona de oxígeno. Da igual. No la he visto. Sólo he visto su sonrisa y sus brazos abiertos. El tratamiento anterior estaba acabando con ella. Ahora había mejorado, el tumor seguía ahí, pero no se veía, sólo la veía a ella.

Quimio. Esperanza. Hacerla reír. El piso nuevo, pero lo había hecho suyo. La ilusión de un vestidor. Un vestidor que había que llenar con ropa nueva. Ha adelgazado y pocas cosas le valen. “Iremos de compras”. Primera quimio, está tranquila, le doy la mano. No me dejan estar con ella todo el tiempo. Espero con mi padre fuera. “Esta es otra de las razones por las que no quiero tener hijos, papá. No quiero hacerlos pasar por lo que estoy pasando, no quiero que sufran lo que estoy sufriendo, no quiero que sientan el dolor y el miedo que siento”. “Así es la vida”.

Quimio. Esperanza. Hacerla reír. La primera sesión, sin secuelas aparentes. No ha vomitado. “No hagas caso, mamá. Si no te quieres cortar el pelo, no te lo cortes”. Mañanas y tardes juntas, solas. Ella, la perra y yo. Mi padre, en su refugio, el trabajo. Mañanas de ejercicio, de cocinar; tardes de costura, de telenovelas. *El secreto de Ferihá*. Una telenovela turca triunfando en un país de telenovelas. Así es la vida. Noches de descanso para ella, de trabajo para mí. Dos, tres de la mañana. Me acompaña la televisión, *Forjado a fuego*.

Quimio. Esperanza. Hacerla reír. La segunda sesión, sin secuelas aparentes. No ha vomitado. “¡No se me ha caído el pelo!”. Mañanas y tardes juntas, solas. Ella, la perra y yo. Mi padre, en su refugio, el trabajo. Cita médica. El milagro. Remisión. ¡Remisión! La conduzco a lo loco por los pasillos del hospital. Hacerla reír. Nos encontramos a un amigo de su infancia. Mi exdentista. Lo saludamos. No pregunta, nosotras tampoco.

Quimio. Esperanza. Hacerla reír. Una fiesta. *Roof garden*. Sus amigos, los de siempre. Nuestra familia elegida. Cae la noche y bajamos al piso. Brindamos, jugamos, cantamos. Está cansada, pero sigue ahí. El día antes de mi partida, vamos de compras. “No le digas nada a papá, no le va a parecer buena idea”. ¿Lo era? Lo fue. No recorrimos todo el inmenso y anodino centro comercial, pero sí sus tiendas favoritas. Yo arrastraba la bombona de oxígeno. Estaba tan bien, que nadie sospechaba que ella fuera la enferma. A la que veían con cara de pena era a mí. Se probó ropa, se compró de todo: zapatos, camisetas,

pantalones. Se hizo de noche. Un Cabify. No llega. Un Uber, tampoco. El parking del centro comercial es tan grande que no hay forma de que nos encuentren. Me estoy quedando sin batería. Cierran el centro comercial y ahí estamos las dos, en la calle, esperando. Se pone un pañuelo en la cabeza, empieza a hacer frío. Y entonces llegó. No el Cabify, ni el Uber. Lo que llegó fue una explosión de carcajadas. Risas, muchas risas. “Soy la madre de Ferihá” jajajaja ¡Nos reímos tanto! Iban a echarnos la bronca, cómo se nos ocurría habernos ido solas al centro comercial, volver de noche, exponer los pulmones al cansancio, al frío. Todo daba igual. Éramos ella y yo riendo, llorando de risa. Finalmente, mi hermano llamó al no encontrarnos en casa y fue a buscarnos para una última cena en familia antes de irme.

16 de julio. Me lleva al aeropuerto. Vuelve a ser su cara la última que veo después de pasar el arco de seguridad. “Nos vemos pronto”. 9.057 kilómetros de vuelta. Montevielva – Madrid. 17 de julio. L. Su abrazo, mi hogar. Vuelvo a estar a salvo. Continúo grabando vídeos a diario, vídeos alegres con L. siempre detrás de las cámaras, dándome ideas de cómo hacerla reír.

Verano. Mi cumpleaños. “Siento no haber podido enviarte nada este año”. Durante todos los años que llevo viviendo lejos de ella he recibido algo por mi cumpleaños y en Navidad. Muchas veces cosas hechas por ella, pero lo que más me gustaba eran sus notitas. De colores, siempre de colores. Septiembre. La playa con L. Paz en medio del terremoto. L. también es siempre de colores.

Otoño. Ya no se encuentra tan bien. Animarla. Animarme. Me compro un nuevo billete de avión. “¡Vamos a celebrar tu cumpleaños juntas!”. “Gracias. No sabía si quería celebrar mi cumpleaños, pero ahora sí”.

11 de octubre. El cáncer ha vuelto a extenderse por la pleura, y ahora también a los ganglios y al hígado... Tercer tratamiento: quimio + inmunoterapia. Está cansada, física y anímicamente. Ya no hace planes. Antes decía que cuando se curara, ayudaría en lo que pudiera a los familiares sin recursos de los enfermos de cáncer que tienen que trasladarse a la ciudad. “Pero lo primero, iré a verte estas Navidades, ojalá podamos ir los tres”. Ya no hace planes.

Algo pasa. Cada vez tarda más en responderme los mensajes. Hablo con mi padre. Está desesperado. Mi madre cada vez habla menos, come menos, vive menos. No quiere tomarse la medicación. “Creo que le ha llegado a la cabeza”. Vuelven los viajes de ida y vuelta al hospital. Hasta que deja de responder a mis vídeos y a mis intentos de hacerla reír.

“Se va a quedar unos días ingresada. Está deshidratada y no ha comido en días. La van a estabilizar”. Ahora los mensajes son con mi padre. Pasan uno, dos, tres días. No sale. “Está inconsciente”.

“Dice el médico que tal vez es hora de avisar a tu abuelita”. Mi abuela, con dos infartos, un marcapasos y un hijo muerto hacía un par de años, sólo sabía que mi madre estaba “un poco enferma”.

“Dice el médico que tal vez deberías adelantar de vuelo”.

Pero si llego en un par de días.

“Dice el médico que tal vez deberías adelantar tu vuelo”.

Pero si...

“Dice el médico que tal vez deberías adelantar tu vuelo”.

Lloro. Tiemblo. L. no sabe qué hacer. “Llama a Iberia, ya”. No hay sitio para el vuelo de por la noche con escala en Barcelona. “¿Ni en primera clase?”. Nada. ¿Cómo puede ir lleno un vuelo a Montevideo un 29 de octubre? ¡Salen vuelos todos los días! Consigo sitio en el vuelo del día siguiente. Hago la maleta ¿qué meto? ¿Ropa de color negro? Lo primero que meto son los libritos de sudokus que le había comprado, para que se entretenga. Le encantan los sudokus.

30 de octubre. Otros 9.057 kilómetros. Madrid – Montevideo. Vi cinco películas seguidas, pero no recuerdo cuáles. Lo único que recuerdo son las lágrimas que brotaban de repente, en el momento menos inesperado, varias veces a lo largo de las once horas de vuelo. El torrente iba creciendo hasta que empezaba a faltarme el aire y me iba al baño a tranquilizarme. No sé qué habrá pensado el hombre de al lado. Ni él ni nadie me preguntó si estaba bien. Mejor.

Sobrevolábamos ya Montevideo cuando mi corazón lo supo: ha muerto.

Quien me esperaba en la puerta del aeropuerto era mi cuñada con su madre. Me abrazaron. No me dijeron nada. Daba igual, yo ya lo sabía. Nos subimos al coche. Pasados unos minutos: “ya no está con nosotros”. Daba igual, yo ya lo sabía. Llegaba a Montevideo y por primera vez no fui a un restaurante a cenar, o a mi casa. Llegaba a Montevideo y me llevaban a un tanatorio.

No recuerdo muchas cosas de aquel viaje. Fue como estar doce días flotando en una nebulosa. Recuerdo el tacto de sus manos rígidas y frías. Recuerdo su pelo cano por primera vez. Recuerdo sus grandes ojos cerrados. Nos recuerdo a mi padre y a mí llegar a la casa que no era la nuestra. Recuerdo algunos abrazos de la gente al día siguiente. Recuerdo el llanto sin aspavientos de mi abuela. Recuerdo la insistencia de mi tía abuela de llevar un cura. Recuerdo quedarme sola con mi hermano, nuestro abrazo, su llanto desconsolado.

Al día siguiente, mi padre fue a trabajar. Su refugio. Pero no querían dejarme sola. Entre él y la mejor amiga de mi madre me mantuvieron todo el tiempo fuera de la casa que no era la nuestra. Iba al gimnasio, desayunábamos, comíamos y cenábamos fuera prácticamente todos los días. Los escasos momentos de soledad los pasé revisando las cosas que me llevaría conmigo.

9 de noviembre. Su cumpleaños, ese que íbamos a celebrar juntas. En su lugar, la familia le organizó una misa en su nombre. No le pude dar su regalo. Ella sí me dio uno: mi último recuerdo de ella no sería en la cama, intubada, inconsciente. Según el acta de defunción, murió una hora antes de que mi avión aterrizara. No me pesa no haberme despedido de ella. Porque lo hice, lo hice en aquel parking del centro comercial, lo hice en la puerta de embarque el 16 de julio. Su regalo fue su risa.

11 de noviembre. Mi padre tiene que trabajar. Es mi cuñada la que me lleva al aeropuerto. Montevielia – Madrid. 12 de noviembre. L. Su abrazo, mi hogar. Vuelvo a estar a salvo. Huérfana de madre, pero a salvo. Tampoco recuerdo mucho de los primeros días aquí sin ella. Recuerdo trabajar, trabajar y trabajar. Trabajar de lunes a domingo. Mi refugio. También soy hija de mi padre.

El viaje no acaba aquí, 227 días después. Pasaban los años y no era capaz de volver a Montevielia. De lo que sí era capaz era de trabajar hasta la extenuación. Hasta acabar en el hospital con una crisis de ansiedad. Trabajar para no pensar. Trabajar para no sentir cómo las sombras iban avanzando, cómo la niebla se iba apoderando de mi cabeza, cómo la oscuridad desplazaba al miedo. Sombras, niebla, oscuridad. Los psiquiatras lo llaman depresión.

¿Y si no te das cuenta? ¿Y si te sientes culpable por tenerlo todo en la vida y aún así no eres capaz de ser feliz? ¿Y si de repente llega un virus de China y te encierran? ¿Y si eso hace que te vuelques aún más hacia adentro? ¿Y si te inventas una isla y te aferras a ella? ¿Y si un huracán en la isla lo destruye todo? ¿Y si sientes que no te queda nada por lo que seguir luchando? ¿Y si la vida te agota? ¿Y si lo único que quieres es que pare?

2018. Sombras, niebla, oscuridad.

2019. Sombras, niebla, oscuridad. L. no podía salvarme. Yo no pude salvar a L. No podía salvarme ni a mí. No pudimos salvarnos.

2020. Sombras, niebla, oscuridad. Encierro. Locura.

2021. 13 de julio. Aparece C., con su larga melena, con su mirada tranquilizadora y desafiante a la vez, con sus tatuajes que me hacían desconfiar. Del primer día

de terapia recuerdo que se rio cuando le conté parte de mi drama. Me gustó. Me negué a tomar medicación. A los tres días tuve que llamarla para que me enviara la receta. Terapia y medicación.

Pasaban los días y me encontraba mejor. Dejé de percibir el olor a mi madre, pero empecé a verla en el espejo. No siempre, sólo cuando yo era el reflejo. Cada vez más. Sus gestos, sus ojos. No, sus ojos no, su mirada. Como si me la hubiera tragado y se asomara cada vez que me plantaba frente al espejo. ¿Quién quiere parecerse a su madre? Cuando ya no la tienes, cuando ya no puedes verla, quieres.

Terapia y medicación.

21 de septiembre. Me despierto con un mensaje de WhatsApp. “¿Cómo va todo por allá? Yo quería darte esta noticia. Ahora sí, V. y yo nos vamos a casar. El fin de semana le di el anillo :)”. El texto acompañaba a una imagen en la que aparece mi hermano, mi cuñada y un pedrusco en su dedo anular.

“¡Felicidades! No sabía que tenían pensado casarse, pero ¡felicidades, hermano!”

“Pues en inicio como que no, pero luego sí, y ya por fin nos decidimos jaja Queremos algo pequeño, lo único que sabemos es eso y que será para el próximo año, esperando que baje la pandemia”.

“Perfecto, yo me voy organizando”.

“Sí, obvio te avisaremos con tiempo para que te organices. Te voy contando”.

Estoy contenta, pero lo primero que pienso es en ella. No estará en la boda de mi hermano. ¿Qué más se va a perder? Hago recuento de todo lo que se ha perdido ya: demasiado. Se ha perdido todas las noches que mi padre ha tenido que irse solo a la cama. Se ha perdido todas las veces que mi hermano necesitaba sentir un vínculo familiar. Se ha perdido todos los días que he querido hacerla reír y no he podido.

Terapia y medicación.

2022. 21 de abril. Nuevo mensaje de WhatsApp. Una imagen con letras de Scrabble: “Boda V. y C. Veintidós Octubre Veintidós. Montevielá”. ¿Seré capaz de ir? Sí, ahora puedo empezar a imaginar cómo será Montevielá sin ella. Ya no se me corta la respiración.



14 de septiembre. Ahora soy yo la que envía el mensaje. Una imagen: la captura de pantalla de mi billete de avión a Montevideo. Ilusión y certeza que comparto con un puñado de mujeres de las que, sin darme cuenta, me veo acompañada. Viene a verme A. de París. Las señoras que comen queso. Una nueva amiga. La indescriptible unión femenina.

20 de octubre. De nuevo, 9.057 kilómetros. Madrid – Montevideo. En cuanto me siento en el avión, los recuerdos de agolpan, pero no dejo que “esa” sensación se apodere de mí. Viajo tranquila, sin incertidumbre. Leo, veo películas, respiro, sonrío. Once horas después, miro por la ventana y ahí está, iluminada e inmensa. En la puerta de llegada, de nuevo, él solo. Mi padre. Su abrazo. Su emoción contenida. Quiero sorprender a mi abuela. No está en casa. ¿En dónde puede estar una señora de 92 años un jueves a las siete de la tarde? La llamo. “¡Ay, chiquis! Si me hubieras dicho...”

Llego a casa. De nuevo, mi casa, la nuestra. La perra. Por primera vez, le cuesta reconocermela. Huye, ladra, no se tumba para que le acaricie la tripa. Duermo profundamente en la que en otros tiempos era mi habitación. Al día siguiente abro cajas y más cajas en busca de algo que fuera de mi madre para llevar el día de la boda. Me pruebo vestidos, incluido el que llevó mi abuela el día de la boda de mis padres. Nada me queda bien. “No importa”, la escucho decirme riendo, “mírate al espejo, siempre me llevas contigo”.

22 de octubre. Desayunamos. Acompaño a mi padre a recoger su esmoquin. Me deja en la peluquería. Quiero un recogido, algo sencillo. La mujer comienza a hacer su trabajo. Me ondula todo el pelo y, de repente, ahí está ella. El mismo peinado que llevó el día de su graduación. He visto esa foto miles de veces. El peinado, la mirada, los labios. Es ella. Los ojos se me inundan. “¿Estás bien? ¿Te he tirado demasiado del pelo? ¿Te ha entrado algún producto?” Me ha entrado la nostalgia, la rabia, la felicidad, todo a la vez. Porque siempre iba con ella a la peluquería, porque debería estar ahí peinándose a mi lado, porque, aunque no está, está ahí, en el espejo. Yo.

“Estoy seguro de que este momento será inolvidable...” Tiene que parar unos segundos y mirar hacia arriba para que no se le caigan las lágrimas. Yo dejo que las mías corran. “Estoy de pie frente al amor de mi vida, recordándole a todas las personas que nos acompañan todas las razones por las que quiero estar contigo toda mi vida. Muchos no saben que lo nuestro empezó con una segunda oportunidad sin nosotros saberlo. Pero estoy seguro de que la segunda fue la correcta”. Continúa, y en ningún momento consigue deshacer la emoción en la garganta.

“(...) Una vez le dije a tu mamá que lo más valioso que tengo es tu corazón. Le prometí que lo iba a cuidar y pienso honrar esa promesa con cada palabra, con

cada acción y en cada etapa de nuestra historia. C., estás seguro conmigo. (...)  
Te elijo hoy como te he elegido todos estos años, cada día y en cada momento, en los buenos, los malos y todos los intermedios. Te elijo una vez más como mi familia, mi esposo, mi mejor amigo, mi persona. Gracias por llegar y habitar mi corazón. Gracias por convertirlo en tu hogar”. Gracias a ti, V., mi cuñada favorita (es nuestra broma porque no tengo otra cuñada; yo también soy su cuñada favorita, tampoco tiene otra).

Pasé la semana viendo ropa de mi madre, seleccionando lo que me quedaría y lo que mi padre podía regalar. Adornos de Navidad, recuerdos, fotografías, su máquina de escribir. La perra se acordó de mí al tercer día. Vi a algunos de mis tíos y tías. Abracé de nuevo a mi abuela. Mucho. Muchas veces. Sí, tenía la sensación de que podría ser la última vez. Comí todo lo que echaba de menos. Fuimos a algunos pueblos de los alrededores. También a la finca donde pasé mi infancia. Nos visitó la mujer que nos ayudó en casa durante varios años. Y a lo largo de todos esos días, no me cansé de escuchar “eres igual a ella”. “Son los ojos”, “es la sonrisa”, “es la mirada”.

29 de octubre. Últimos 9.057 kilómetros de este viaje. Montevielá – Madrid. Leo entero *También esto pasará*. 30 de octubre. No está L. Ya no tengo su abrazo. Estoy sola. Me toca ser mi hogar. Respiro. Sonrío. La siento. Vuelvo a estar a salvo.